

dos al horno que alterna con pedazos de azúcar cánde.

En esto (del 10 al 12), un mensajero llega del Usui cuando menos esperaba semejante fortuna. El que le envía es un gran *Mganga* ó mago llamado el doctor K'yengo, antiguo amigo de Musa, que nombrado actualmente *sutongi* ó director de caravanas, desearia á cambio de algunos trozos de marfil obtener cierto número de hermosas telas, y esto lo mas pronto posible, porque en este momento está ocupado en centralizar todas las caravanas destinadas á un largo viaje por el Uganda. Desearia aprovechar la ocasion, y por medio de algunos presentes crear relaciones con un hombre de tan buena posicion para servirme en mis proyectos. Pero Musa me disuade de enviarle nada. «El mensajero, dice, se apropiaria el regalo que le confiáseis, y despues haria todo lo posible por impedirlos ver á K'yengo.» Llega casi inmediatamente otro mensajero enviado por Suwarora para saber de mi huésped si es verdad que los árabes se han aliado con los vuatutas; y pide que se le envíe una embajada para asegurarse espresamente, á nombre de Musa y sus colegas que no abrigan contra él ningun designio hostil. Solicita tambien que se le envíe un gato. Dáse, pues, al embajador un buen gato negro al mismo tiempo que una especie de *memorandum* en que Musa refiere todo lo que yo he hecho para ajustar la paz y añade, deseando proporcionarme una buena acogida, que yo mismo llevaré al Usui la embajada pedida por Suwarora.

Al terminar el dia mi gente vuelve con el cíclope encargado esta vez de decirnos á nombre de su amo que éste último desea la paz, pero que no cree deber venir, porque nada se ha decidido todavía respecto de la destitucion de Mkisiwa. «Ahora bien, los árabes no han podido suponer ni por un momento que Manua Séra consentiria en dividir sus dominios con un hombre á quien considera como su esclavo. Su intencion por el contrario, es perseguirle como una fiera y no dejar las armas hasta despues de haberle muerto.»

El tratado queda, pues, frustrado nuevamente, y por la noche el cíclope se escapó como un ladron lanzando tras sí una flecha que Manua Séra le habia encargado que nos dejase como símbolo de sus intenciones mortíferas respecto del usurpador. Desde aquel momento los árabes profundamente humillados no se atrevieron á presentarse á mi vista, y Musa, cuya enfermedad se agravaba, no quiso dejarse convencer de que el mejor remedio á su mal hubiera sido un viaje en hamaca como yo le proponia. Por consiguiente, cansado de todos estos retardos, entregué al jeque Said un suplemento de cartas y de muestras, y despues de encargarle que llevase mis hotentotes á la costa cuando se hubieran restablecido las comunicaciones, salí de nuevo con direccion al Norte. Aunque Musa me habia prometido unirse á mi comitiva

al dia siguiente aunque le costara la vida y llevarme los embajadores exigidos por Suwarora, no dudé un instante que faltaria á su palabra. Habria marchado conmigo si realmente lo hubiera querido. En el momento en que salia del distrito, los árabes y Mkisiwa hacian comer la *vaca* á sus hombres antes de ir á combatir á Manua Séra, el cual, reuniendo una fuerza mista de vuaroris, vuagogos y vuasakumas, se habia dirigido otra vez hácia Kigué. Decíase que este jóven jefe contaba con grandes recursos. Su padre, Fundi Kira, famoso por su opulencia, habia escondido gran cantidad de provisiones en un sitio que solo sabia Manua Séra. Los vuanyamuézi le veneraban por su generosidad bien conocida y le creian además protegido por un don de hechicería que le permitia burlar á su voluntad todos los planes de campaña que pudieran trazar los árabes.

El 19 de mayo en *Mininga*, tuve el placer de encontrar á Grant mucho mejor. Habíase cometido un robo en perjuicio suyo y en el de Sirboko, y los autores de este crimen, perseguidos hasta los límites del distrito inmediato, debian ser, segun se aseguraba, entregados por el jefe cuya proteccion habian reclamado. Aun sin esto, Ugali les haria buscar por sus vuagangas (plural de *Mganga* mago). Dos dias habian pasado sin que ningun pagazi me llegara de Rungua, y rogué á Grant que pasara adelante hasta el Ukuni con toda mi gente de la costa, mientras que yo esperaba para ponerme en camino el resto del equipaje, y la llegada de los esclavos de Musa y veinte y dos hombres de carga que habia reclamado á título de temporeros además de mi escolta «permanente.»

20 y 21 de mayo. *Mbisu*.—Dos dias despues llegaron los que esperaba, pero los hombres de carga no querian acompañarme sino por dos marchas, y esto por orden de su jefe, á quien espantaba la invasion mas ó menos cierta de los feroces vuatutas. Pedian además como salario de estas dos marchas, la cuarta parte del precio total que se les paga ordinariamente por el viaje al Karagué. Los efectos personales de Musa, segun su encargo, no debian ir con los míos, y este último detalle de las instrucciones que habia dado, me probó que decididamente renunciaba á cumplirme su palabra. Asi nacian nuevas dificultades, pero no por eso dejaba de ser necesario marchar lo mas pronto posible, porque mis provisiones se consumian de dia en dia con una espantosa rapidez, y además, al rumor de un accidente ocurrido al jefe de los unyambewas, los hombres de Musa nos abandonaron una noche á la sordina.

Del 22 al 31 de mayo. *Alto en Mbisu*.—Conseguí sin embargo proporcionarme un kirangozi ó guia, cuyo nombre no tenia nada de lisonjero. Llamábase Ungurué, es decir, el Cerdo. Este hombre habia con-

ducido muchas caravanas por el camino que yo iba á llevar; hablaba correctamente los diversos idiomas de aquellas comarcas, pero justificaba por desgracia todo lo que podia esperarse de un nombre como el suyo. Esto no lo supe sino posteriormente: así es que fiándome de él y de mi buena suerte, continué el reclutamiento de pagazis que no querian ya marchar aunque les ofrecia un salario triple del que ordinariamente pagan los traficantes. La situacion parecia empeorar cada dia. Ningun mensaje directo tenia de Musa, para quien sin embargo venian de cuando en cuando á buscar frascos de vino de palmera destinados á combatir la debilidad y el frio que le atormentaban. Este completo olvido me confirmaba en la idea de que mi huésped se habia burlado de mí. ¿Qué partido tomar en tales circunstancias? Todos me aconsejaban suspender el viaje hasta despues de la cosecha y permanecer donde estaba, diciéndome que mas adelante no encontraria bagajes, porque el Ukuni era el último de los países fértiles de este lado del Usui. Todos estos cálculos habrian sido buenos, si mis recursos hubieran podido cubrir los gastos de aquellos altos interminables, mas los recursos iban faltando y la necesidad de seguir adelante se hacia cada dia mas imperiosa. Mi gente por el contrario, hallaba muy bueno viviendo á mi costa, tomar parte en los regocijos continuos á que da ocasion la fabricacion del pombe. Cada cabaña sucesivamente trasformada en cervecería, recibia á los habitantes de la aldea que con su jefe á la cabeza van á beber á grandes tragos en escudillas de paja trenzada, el licor chispeante que contienen enormes jarras de barro alineadas á lo largo de las paredes. En estas ocasiones se rie, se charla; las cabezas se acaloran á medida que se llena el estómago, y los gritos y el tumulto llegan pronto á su apogeo. Se ve entonces presentarse alguna mascarada grotesca. Hombres con colas de cebras rodeadas á la cabeza soplando con todas sus fuerzas en largos tubos que parecen monstruosos bajones. Sus gestos, sus contorsiones, son cada vez mas ridiculas y mas obscenas en los esfuerzos que hacen por cautivar la admiracion sencilla de sus espectadores, medio atontados por la bebida. Pero todo esto no constituye sino la primera parte de la fiesta, la «comedia» propiamente dicha; y cuando las jarras están vacías, cinco tambores de dimensiones diferentes y de diversa sonoridad suspendidos en línea de un largo palo horizontal, dan con una especie de furor la señal de las danzas. Entonces hombres, mujeres y niños poseidos de un verdadero frenesí, se ponen á bailar durante horas enteras.

Creyendo entrever que los jefes de Mbisu me crearian de propósito multitud de obstáculos, pues que miraban mi presencia como una garantía contra el ataque de los vuatutas, resolví para acabar con los rumores desfavorables con que trataban de asustar á

mi gente, pasar á Nunda, á donde llegué en efecto el 31.

Del 1.º al 3 de junio. *Alto en Nunda*.—Allí encontré á Grant instalado en casa del jefe Ukulima, á quien sus escelentes cualidades, así como su avanzada edad atraian el respeto de todo el país. Veíanse, es verdad, clavadas en las empalizadas de su boma las manos y los cráneos de los desgraciados á quienes habia hecho ejecutar para que sirvieran de ejemplo y de escarmiento; pero en el fondo era un hombre sin hiel, un huésped generoso, un monarca adorado de sus súbditos y de sus cinco mujeres, de las cuales las cuatro mas jóvenes manifestaban á la de mas edad una deferencia respetuosa.

Cuando me hube convencido de que no podria ya proporcionarme hombres de carga, convoqué á Bombay y á Baraka para deliberar sobre el proyecto que habia concebido de marchar solo adelante con los hombres de que disponia, y á pesar de toda mi repugnancia á separarme de Grant, dejarle allí hasta el dia en que pudiera enviarle á buscar con el resto de mi equipaje. Fue necesario para convencer á mis dos consejeros recordarles los mensajes que habia enviado uno tras otro á Rumanika en el Karagué, á Suwarora en el Usui, y citarles, como prueba del buen éxito reservado á la perseverancia, el ejemplo solemne de Cristóbal Colon. Mis razonamientos, mis instancias, les convencieron al fin, y despues de haber reunido lo mejor que tenia en materia de mercancías, me separé de Grant, dejándole á Bombay, el mas honrado y fiel de nuestros servidores, y llevándome á Baraka, que era mi factotum y al Cerdo, que debia servirme de intérprete y de guia. En el momento de la partida tuve una nueva contienda con los vuanguanos, que asustados por la perspectiva de una larga marcha, tuvieron nuevas exigencias y reclamaron una pieza de paño cada uno. Al principio se la negué con energía y no cedí á sus deseos sino cuando ví que al parecer habian renunciado á conseguirla. Esta disputa me hizo perder tres dias en el campamento. Junqué un poco mas allá de Nunda.

7 de junio. *Ghiya*.—El jefe de una aldea donde me detuve al segundo dia de marcha, se mostró muy cortés conmigo. Quería venderme una hermosa jóven reputada por la mejor del país. Ya se comprenderá que no pudimos entendernos, pero tuvo gran placer en hojear mis albums y se interesó vivamente en mis proyectos de viaje, comprendiendo perfectamente que si lograba descender por el Nilo, las orillas del N'yanza, serian con el tiempo, como la costa de Zanzibar, un punto de cambio en que los productos agrícolas del país se convertirian fácilmente en abalorios, telas y alambre. En su aldea tuve la noticia de que Musa habia muerto, y que Manua Séra estaba aun en Kigué. Respondiendo al jeque Said, le pedí

que me enviase todos los esclavos del difunto que consintieran en servir á mis órdenes.

Durante algunas millas todavía encontramos acá y allá algunas aldeas; pero á éstas sucedió pronto una vasta estension de malezas pobladas solamente de antílopes y rinocerontes. En ellas se encuentra un Nullah tributario del Gombé, y forman entre ambos el límite del gran país de la Luna y del reino de Uzinza.



Aldea del rey Ukulima.

alejan lo mas posible de los puntos cultivados sus cabañas nómadas. En cuanto á los vuazinzas, los del Sur se parecen demasiado á los vuanyamuézi para merecer una mención particular. En el Norte, como el país es montañoso, los habitantes son mas enérgicos y mas vivos. Residen unos y otros en aldeas compuestas de cabañas y césped que los del Sur rodean de bomas ó casas fortificadas, mientras los del Norte dejan á todos el acceso libre.

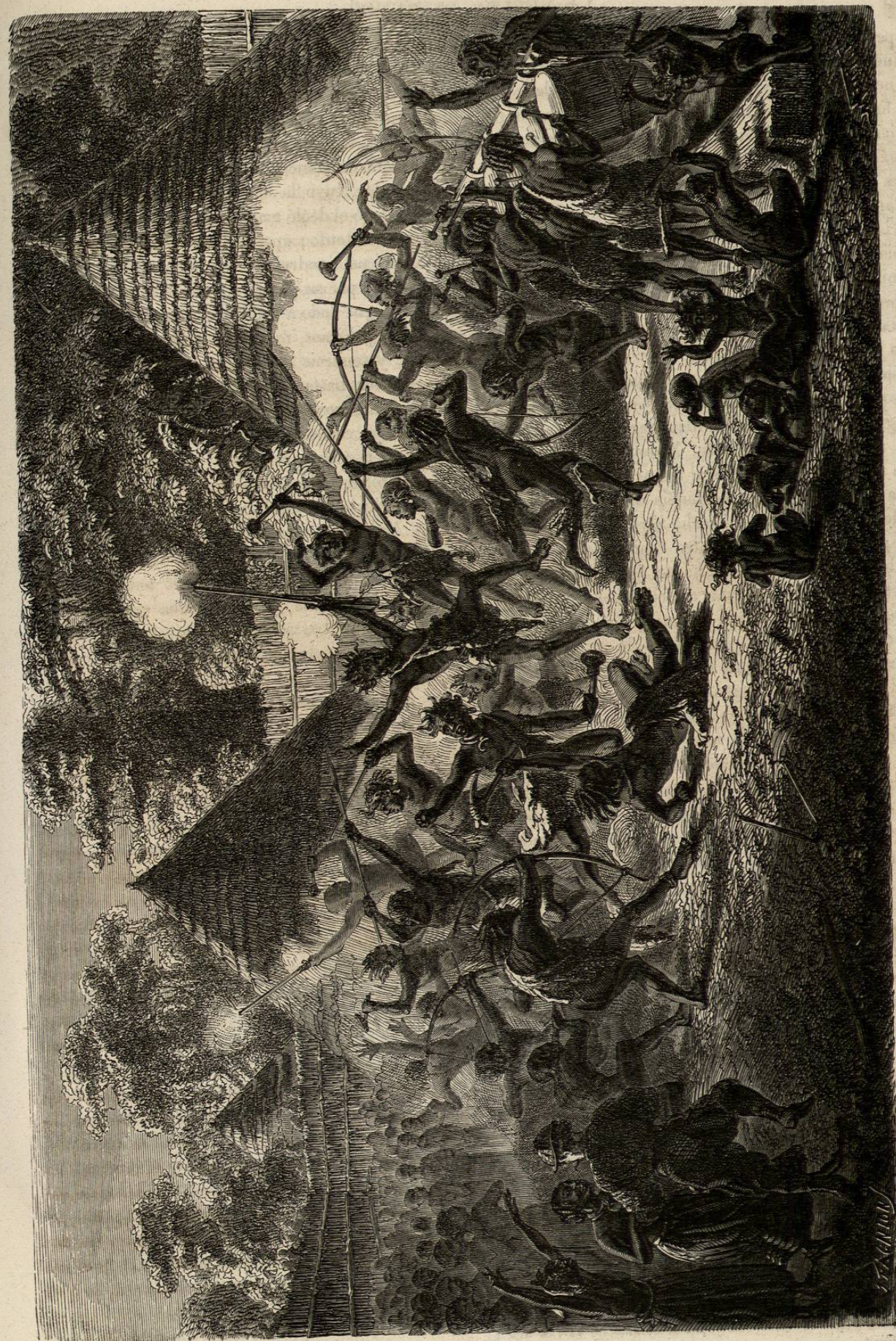
El 12 de junio llegamos á la frontera oriental del Ukhanga, parte oriental del Uzinza. Desde allí dominamos el pequeño distrito de Sorombo regido por un jefe llamado Makaka, por cuyo territorio los árabes

VI.

El Uzinza.

El país en que penetramos de esta suerte el 10 de junio está gobernado por dos jefes vuahumas de raza extranjera y probablemente abisinia. De ella se hallan muestras dispersas en todo el Unyamuézi, pero pasan inadvertidas á los ojos del viajero, porque los habitantes, dedicados esclusivamente á la cria de ganados,

no pasan jamás, atendida la mala reputacion que se ha adquirido por sus rapiñas. Aunque su palacio se halla en mi camino, no quiero acercarme á él, y con ese objeto he prometido al Cerdo que añadiría diez collares diarios á sus gajes si marchaba 10 millas al dia y dando una vuelta al distrito por su límite oriental, lograba evitar el encuentro de todos los jefes del país. Pero el tunante, en virtud de cálculos cuyo secreto no he podido averiguar, se complacia por el contrario en estraviarnos, y nos condujo á Kagué, á casa de un sub-jefe de Sorombo, que despues de haberme explotado brutalmente por su cuenta, me trasmitió de parte de Makaka la invitacion mas urgente y mas



Un baile en casa de Ukulima.—El capitán Grant danzando con la reina.

imperiosa. «Dijo, que tenía derecho á mi visita como principal jefe del distrito; que la esperaba con impaciencia no habiendo visto jamás un hombre blanco, y en fin, que si consentía en su invitación me daría guías que me llevarán á presencia de Suwarora, rey ó *mkama* de todo el país.» Este lenguaje no era nuevo para mí y sabía apreciar toda su trascendencia; por lo tanto, negándome á aceptar la invitación, dije que enviaria por medio de Baraka el don gratuito que debía cimentar nuestra amistad. Esta oferta no fue admitida. «Makaka, dijo el jefe, aceptará sin duda el presente que le es debido, pero lo que mas le importa es ver al *Mzungu*.» Mi gente parecia conmovida por estas atenciones, y como ninguno de ellos hubiera dado un paso para seguirme si no me hubiera sometido á la exigencia del jefe, me fue preciso resignarme á rodear 10 millas para hacer la visita que se me habia impuesto. Nuestro trabajo quedó bien recompensado cuando al llegar á la aldea de Makaka se nos asignó por residencia una especie de patio de establo sin árbol ni techo alguno que nos abrigase; y como los habitantes tenían orden de no vendernos nada mientras no se fijase el arreglo de amistad, fue preciso dormir aquella noche con el estómago vacío. Esto no me incomodó demasiado, porque de esta manera la obstinación de mi gente encontró la recompensa que merecía.

Al día siguiente comenzó la negociación del honro. Makaka rechazaba las telas ordinarias que Baraka le ofrecía una detrás de otra con una impetuosidad bien calculada para desconcertar á mi embajador. El joven jefe quería un *deolé* (1), nada mas que un *deolé*, declarando que no aceptaria otra cosa. Yo tenía tres cuidadosamente ocultos en el fondo de mis cajas, y que habia comprado á Musa á 40 duros cada uno; pero reservándolos para los reyes del Karagué y del Uganda, no podia convenirme entregarlos así á la rapacidad de un jefe subalterno. Pretesté, pues, que todas mis telas de valor me habian sido robadas en la travesía del desierto. El debate continuó así muchas horas al cabo de las cuales Baraka tuvo la torpeza de decir «que tal vez buscando bien, encontraria un *deolé* entre las telas que le pertenecian,» y vino en efecto á decirme que habia comprado uno en la costa por el precio de 8 duros. Su confesión hacia inútil la resistencia, y Makaka obtuvo el *deolé* que apetecía. Pero apenas le recibió se apresuró á pedir otro. «Un hombre blanco no podia dejar de traer telas preciosas, y en cuanto á él estaba habituado á las mentiras de los árabes que todos se decían pobres y miserables á pesar de sus inmensas ganancias.»

Aquella noche no quise ceder en nada mas; pero

(1) El *deolé* es una tela de Surate, de fondo verde, amarillo ó encarnado, y que cuando es de superior calidad no vale menos de 80 duros.

al día siguiente, despues de interminables discusiones, Baraka completó el presente de amistad dejándole llevar primero un dabuani, despues un sahari, luego un barsati, luego un kisutu, y en fin 8 metros de merkani, todo disputado palmo á palmo con desconsoladora insistencia. Entonces Makaka, vuelto ya mas tratable, tuvo la bondad de decirnos que si le hubiera dado el *deolé* mas espontáneamente, no hubiera pedido tanto; «porque en el fondo, añadió no soy malo, como podreis ver en lo sucesivo.»

El Cerdo por su parte, viéndome inquieto por el grande ataque dado á mi bolsa, tomando el asunto á risa: «tranquilizaos, me decia, todos los salvajes se parecen, y tendreis que pagar iguales derechos en cada estacion hasta el Uyofo; pero allí empezará la función. Entonces tendreis que habérselas con Suwarora y no ya con estos pretendidos jefes de distrito que son, en último resultado, simples oficiales del rey, que roban indirectamente por su cuenta.»

Sin embargo, los tambores aun no habian sonado, porque Makaka pretendia que debiamos ante todo cambiar los regalos como en prenda de nuestras buenas disposiciones recíprocas. Arregló antes los detalles de la ceremonia, y no se daba por satisfecho menos que con una salva real, «sin la cual, decia, sus tambores no tocarian.» Jamás me habia sentido tan humillado como en el momento en que mandé hacer fuego para satisfacer sus exigencias; pero no lo dí á conocer y tragué la píldora de la mejor manera posible. En cuanto á él, cediendo á esa movilidad de impulsos que hace creer á las gentes de su raza que cada uno de sus deseos puede ser inmediatamente satisfecho, mandaba hacer fuego en seguida, sin dar tiempo á mis hombres para volver á cargar. «¡Otra vez, otra vez! decia, ¡despachaos, despachaos! ¿De qué sirven esas máquinas?» y señalaba los fusiles. «Mientras que los disponeis tendríamos tiempo para traspasaros con nuestras lanzas... ¡Mas vivo, mas vivo os digo!...» Pero Baraka para tomarse el tiempo necesario se disculpaba con la necesidad de tomar mis órdenes. «Nosotros no hacemos nada, decia, sin que lo mande el Bana. Esto, por otra parte, no es un combate formal.»

Despues de un fuego de filas regular, el joven jefe entró en mi tienda. Le ofrecí mi sillón, aunque no tardé en arrepentirme de ello, viendo las manchas negruzcas de que se cubrió bien pronto el mueble. Mi huésped en efecto, antes de ceñirse alrededor de las caderas una de las piezas de barsati que acababa de procurarse á mi costa, habia imaginado, para realzar su brillo, lustrarse con hedionda manteca, y como el color de la tela no era muy sólido, de aquí lo que podia resultar.

Era un buen mozo y tenia como unos treinta años. Llevaba en la frente, á manera de corona, una gruesa

concha marina cortada en círculo, y muchos cuernitos de antilope llenos de polvos mágicos á fin de evitar el *mal de ojo*. Las personas de su comitiva tenían en su presencia la actitud mas servil y hacian castañetear los dedos siempre que estornudaba. Despues de los primeros cumplimientos, le dí como en prenda de amistad, en cambio del becerro que me llevaba, un barsati supletorio, y le rogué me dijese lo que vió cuando fué al país de Masé. De sus aseeraciones deduje que en aquel país habia no uno sino dos lagos distintos; porque pasando del Usoga al país de que se trata, habia atravesado un estrecho considerable que unia al gran N'yanza con otro menos estenso, situado en el ángulo Nordeste del primero. «Ahora que he respondido á vuestras preguntas, añadió en seguida con su impetuosidad ordinaria, enseñadme todo lo que teneis: quiero verlo todo amigablemente. Si no os recibí el primer día, es porque á causa de vuestra cualidad de extranjero, era preciso averiguar por medio del cuerno mágico, si vuestra presencia debia ó no causar alguna desgracia. Ahora puedo decir que no solamente no os tengo miedo, sino que vuestro viaje se verificará felizmente. Estoy en verdad encantado de veros, atendida la circunstancia de que ni mi padre ni ninguno de mis antepasados, jamás fueron honrados con la sociedad de un hombre blanco.»

En seguida mis fusiles, mis telas y todo mi equipaje fue revisado de la manera mas indiscreta. Quiso ver mis albums, contempló los pájaros con un placer extremo, y pretendia introducir bajo su plumaje sus uñas de una longitud enteramente régia ó enteramente china. Estos jefes se las dejan crecer así, para mostrar que tienen el derecho esclusivo de comer carne. Makaka delante de cada animal lanzaba gritos de júbilo y le designaba por su nombre. Mi linterna sorda le inspiró tales deseos de apropiársela, que tuve necesidad de enfadarme mucho para poner término á sus importunidades. Despues le gustaron infinito mis fósforos, hasta el punto que no sabia cómo desembarazarme de sus instancias. Al fin le ofrecí un cuchillo en vez de la caja de fósforos que codiciaba, pero no aceptó el trueque bajo el pretexto de que los fósforos le serian particularmente útiles para sus operaciones mágicas. La discusión continuó hasta el momento en que le puse á la puerta con un par de buechuchas mias, en las cuales habia metido sin mi licencia sus pies fangosos. No quise entonces aceptar el becerro para manifestarle hasta qué punto me habia ofendido. En revancha se mostró decidido á no mandar tocar el tambor, añadiendo gravemente «que tal vez mandaria tocarlo si le concedia una cantidad de telas, de valor igual al segundo *deolé*, que debiera haberle dado en conciencia.»

Comencé á deliberar conmigo mismo si conven-

dria ó no fusilar á aquel mochuelo negro, tanto para castigar su traición, cuanto para hacer un ejemplar que escarmentase á sus colegas. Pero el Cerdo pretendia que los árabes sometidos en el Ukena á las mismas exacciones pagaban siempre sin regatear y se mostraban dóciles á todas las órdenes que se les daban: segun él, debia conservar el becerro y entregar la tela. Baraka por su parte me dijo: «Si quereis le mataremos... Pero recordad que Grant viene detrás de nosotros, y que si comenzais la lucha será preciso prepararse á combatir durante todo el viaje, porque no habrá un jefe que no se crea obligado á impedirnos la entrada en sus dominios.»

Encargué á los dos que arreglasen el asunto lo mejor que les pareciese, y no bien hicieron la concesión pedida, cuando los tambores resonaron en todas direcciones. Makaka de muy buen humor vino entonces en persona á anunciarme que podia marchar cuando quisiera, y que en cambio le regalase un fusil y una caja de fósforos. Esto era añadir el insulto á la humillación. Los disgustos que nos habia hecho pasar aquel tuno, acabaron por dar calentura á Barakay á mí mismo una especie de náuseas; por consiguiente, le respondí: «que si hablaba una palabra mas ni de fusiles ni de fósforos, terminaria la cuestión por medio de las armas, porque no habia yo ido á su país para someterme á las amenazas de cualquier fanfarron que se me presentase. «Se redujo entonces á suplicarme que mi gente hiciese una descarga de fusilería en frente de su boma para manifestar á los vuatutas, atrincherados detrás de una cordillera granítica al extremo occidental de su distrito, la fuerza imponente de que podria echar mano en caso de necesidad. Concedile este permiso, pero su bravata se volvió contra él de la manera mas ridícula, porque en la misma noche los vuatutas atacaron sus aldeas y mataron á tres de sus súbditos, y las cosas habrian ido aun mas lejos si mi gente al acercarse los merodeadores, no hubiera imaginado salir del campamento y disparar al aire algunos tiros. Entonces los vuatutas huyeron asustados, mientras que la gente de Makaka volvía á todo correr exaltando como siempre sus proezas.»

Despues de haber ordenado y arreglado la marcha para el día siguiente, me hallaba en el campo ocupado en observaciones astronómicas, cuando Baraka y Vuadimoyo (Arroyo del Corazon), otro de mis voluntarios, vinieron muy conmovidos hablándome al oído y diciendo «que traian noticias espantosas que no se atrevían á contarme.» Díjeles que las habia oído y les mandé que sin preámbulos me refriesen lo que hubiera. Véase en suma lo que me dijeron: Un viajero que acaba de llegar del Usui referia que Suwarora, indispuerto, repentinamente con los árabes, habia detenido una caravana. Los hombres que